

## Sonidos del bicentenario: la chirimía de Girardota, la primera música que escuchó el niño Jesús



Chirimeros de Girardota: De Izquierda a derecha Justiniano Valencia Alzate y Jesús Antonio Valencia.  
Foto Hernán Giovanni Osorio, 2001.

En estos momentos cuando nuestra historia cobra nueva vida, por motivo del bicentenario de la independencia, y asistimos a cierto auge de información, incluso con producciones televisivas que recrean algunos hechos trascendentales, vuelven a la memoria prácticas que fueron bastante significativas, no sólo por su funcionalidad y su impronta artística-musical, sino por su legado histórico y cultural, síntesis de varios siglos. Eso es la chirimía, manifestación prácticamente desaparecida en todo el país, que hasta hace algunos años representó con orgullo al municipio de

Girardota y sobre la cual en el año 2002 se realizó una investigación<sup>1</sup> que nos da la pauta para escribir estas líneas.

### Una tradición familiar



Justiniano Valencia cortando el popo de castilla para fabricar cañas.  
Foto Hernán Giovanni Osorio, 2001.

Con frecuencia, por no decir que todos los días, un señor de más de 90 años (94 para ser más exactos) muy temprano en la mañana coge el camino que de la parte urbana de Girardota conduce a la vereda Manga arriba, “le da vuelta” a su antigua casa, trabaja en su huerta y regresa en las tardes con el cansancio de la jornada, pero con el renacimiento que produce el contacto con la naturaleza, con la tierra. Jubilado como obrero de la industria textilera que alguna vez fue ícono del Departamento de Antioquia, Justiniano Valencia, el personaje de esta historia, nunca pudo desligarse de su ancestro campesino agricultor y mucho menos, de la tradición artística musical que heredó de sus antepasados. Y es que La Manga Arriba, ese terruño inclinado que se extiende hacia el costado oriental de Girardota, cerca del casco urbano (2 kms. aprox.), en plena área metropolitana de Medellín, se ha caracterizado, entre otras, por su tradición del *sainete*, su *banda* centenaria La Manguaña y por ser el último sitio del país donde aún es posible escuchar una *chirimía*.

Justiniano, conversador incansable y ameno, músico empírico

<sup>1</sup> El trabajo al cual se hace referencia se denomina *Sonidos Olvidados, música de chirimía en el valle de Aburrá*, realizado por el antropólogo Gustavo Zuluaga Ángel y por quien escribe estas líneas, con el apoyo del presbítero Mario Sierra Ochoa (ya fallecido). También participaron Luz Mery Marín Quintana, Juan Andrés García Bedoya y Fred Danilo Palacio Villa, para ese entonces estudiantes de música de la desaparecida Escuela Popular de Arte EPA. Dicha iniciativa contó con el auspicio, además de la EPA, del Centro de Investigaciones Educativas y Pedagógicas de la Asociación Sindical de Educadores del Municipio de Medellín ASDEM.

de buen oído, no solo guarda en su excelente memoria las melodías, los toques del tambor, los repertorios y su funcionalidad, el proceso de construcción de las cañas, sino todas las historias tejidas en torno al instrumento y su práctica, transmitidas de generación en generación. Recuerda con detalle las presentaciones más memorables y narra uno a uno los pormenores sobre las mismas, sin duda con orgullo y con clara conciencia de lo que para ellos ha significado este instrumento y del valor de su conocimiento. Tal vez un poco tarde ha comprendido que no tiene mucho sentido seguir guardando con celo este conocimiento; con nostalgia empieza a entender que lo más seguro es que con él termina esta tradición, pues sus hijos no se interesaron o posiblemente su carácter fuerte impidió dicho acercamiento, o como dice Clara Rosa<sup>2</sup> su esposa, “él no se preocupó por enseñarles”. En todo caso, bajo la mediación del Padre Mario Sierra Ochoa, quien fuera su principal mentor y fervoroso defensor de la chirimía, nos entregó su saber y se dispuso a enseñarle al grupo de investigación.

Con su hermano Luis Eduardo y su sobrino Jesús Antonio Valencia (Hijo de José de Jesús, también chirimero) conformaron la última agrupación activa; heredaron el oficio de sus padres y abuelos. Ellos intercambiaban el rol de tamborero, primer o segundo clarín (nombre que le dan al instrumento), a excepción de Jesús Antonio “Susó”, quien sólo aprendió a tocar el tambor y asumió esta función una vez muerto su padre.

### Antiquísima práctica oboística



Tambor, baquetas y Chirimías de Girardota.  
Foto: Hernán Giovanni Osorio, 2001.

Esta tradición que llega con los primeros músicos durante el proceso de conquista y colonización, rápidamente es aprendida por mestizos, negros e indígenas, se vincula a los oficios litúrgicos y profanos, se extiende por toda la América hispana. Su función era reforzar o doblar las voces en los coros de los servicios religiosos de las principales catedrales. Llegó a ser tan común que fue necesario expedir cédulas reales controlando la “explosión” de tanto indio chirimero. Se usaba la cuerda completa (Soprano, alto, tenor y bajón), pero posteriormente, sobre todo para eventos en espacios abiertos (en procesiones, fiestas patronales...), se fue generalizando el uso de dos “clarines” (primo y dúo) y uno o dos tambores (un bombo y/o un redoblante).

Existen antecesores de este instrumento en Asia y África, a Europa llegan alrededor del s.XIII, aunque también existe una hipótesis que le atribuye origen europeo y celta. Se encuentran referencias de los mismos en los textos bíblicos. No estaba lejos entonces don Justiniano al afirmarnos con convicción, cuando preguntábamos por el origen, que “ésta fue la primera música que escuchó el niño Dios”,

---

<sup>2</sup> Clara Rosa Hernández no ha sido ajena a la actividad artística, ha participado con entusiasmo en los sainetes organizados por su núcleo familiar.

frase que en un principio no dejaba de despertar cierta curiosidad. Zurna (Turquía), Ugab y Jalil (Israel), So-na (China), Hichiriki (Japón), Sruni (Java), Shanai (India), Chalemie (Francia), Shawun (Inglaterra), Piffaro (Italia), Aulos (Grecia), Algaita (Norte de África), Mizmar (Egipto), son nombres de instrumentos del mismo principio que dan testimonio de la gran cobertura e importancia de estos oboes en el mundo (López y otros, 2002: 47). En la actualidad mantiene su vigencia con el nombre de Dulzaina en algunas provincias de España.

En Antioquia la historia de los Valencia se remonta cerca de doscientos años, pero según la reconstrucción hecha fundamentalmente a partir de fuentes orales, con los últimos practicantes de este oficio, también hubo otros apellidos destacados en la tradición chirimera. Los Paniagua en Medellín (Barrio la Loma), los Alzate en el municipio de Barbosa y los Castrillón en el municipio de San Vicente eran los encargados de engalanar las fiestas de la virgen del Carmen, de la candelaria, del señor caído y demás fiestas patronales de la región. Participaban de los momentos principales del acto litúrgico (la entrada, la elevación y la salida), así como en el componente profano de dichas celebraciones (la alborada, la procesión y los juegos de pólvora). Según don Justiniano, cada ocasión tenía su repertorio específico, aunque estructuralmente no se evidencian diferencias sustanciales. A los nombres propios de los momentos de la eucaristía que apoyaban, se adicionan antiguas tonadas y danzas campesinas (guabina, gallinazos, guacamaya, las quebraditas...) y piezas introducidas a partir de la radio y el disco (La cucaracha, Besos y cerezas, Norma mía...). Sus instrumentos se limitaban a dos chirimías o clarines (primo y dúo) y un tambor mediano de tipo redoblante. Éstos fueron heredados de generación en generación, pues sólo aprendieron a fabricar las cañas a partir de una gramínea silvestre (Popo de castilla: *Arthostylidium racemiflorum*). Sus melodías, sus ritmos y su ensamble dista mucho, a nuestro modo de ver, de lo que pudo haber sido aquella propuesta que doblaba los coros en las catedrales, más bien, guarda elementos de la complejidad de las sonoridades orientales, con las cuales está emparentada.

### El ocaso de una sonoridad

¿Por qué desaparecen las músicas? ¿Por qué si llegó a ser tan común, otros músicos no aprendieron a interpretar la chirimía?



De izquierda a derecha Pb. Mario Sierra Ochoa (q.e.p.d.), Jesús Antonio Valencia y Justiniano Valencia. Casa de la Manga Arriba. Foto Hernán Giovanni Osorio, 2001.

Tal vez no encontremos respuestas precisas a estos interrogantes, seguramente son múltiples las razones que llevaron a que una práctica oboística, bastante común e importante en el contexto cultural de la colonia y los primeros cien años de nuestra era republicana, esté prácticamente desaparecida. Dificultades técnicas

en la elaboración e interpretación de los instrumentos, falta de adecuación de este conjunto instrumental a cambios culturales del momento y la consecuente pérdida de vigencia, celos profesionales de los depositarios de la tradición, quienes por evitar la competencia en el oficio

descuidaron la transmisión de su legado, la carencia de apoyo y estímulo, entre otras, son algunas hipótesis que al respecto nos deja el estudio realizado.

Hoy sólo nos queda el nombre de chirimía para designar algunas conformaciones instrumentales en músicas tradicionales del país (chirimía chocoana, chirimía caldense, chirimía caucana), que guardan alguna relación con el conjunto aludido (instrumentos de viento –flauta o clarinete- y percusión – bombo (s) y redoblante). No fue suficiente la entrega fervorosa del Padre Mario, las grabaciones de los esposos Harrison del Instituto etnomusicológico de Holanda, los estudios del Maestro Abadía, del Profesor Cuenca en los inicios de la Escuela Popular de Arte de Medellín y de muchos otros músicos e investigadores que se acercaron a los Valencianos. Tampoco bastaron las intenciones participantes de éste estudio. Hoy don Justiniano ya no cuenta con la vitalidad de años atrás, aguarda como los robles, a caer de pie, eso sí, empuñando con orgullo su instrumento. Como dice la investigadora Ruth Finnegan mediante su analogía de *senderos* para las prácticas musicales, “La permanencia de estos senderos, a menudo ignorados o dados por sentado-como si simplemente «estuvieran ahí»-, [...] [depende] de la práctica activa y colectiva de personas concretas en el terreno”. De manera más enfática, nos reafirma que “Tradicición significa el cuidado activo para mantenerla” (Finnegan, 2001:471,472).

En la actualidad con políticas de fomento musical y de salvaguarda del patrimonio tangible e intangible, con la vigencia de múltiples discursos que abogan por el respeto y el cuidado de los bienes de la cultura y de la humanidad, debería importarnos de la misma manera, tanto la pérdida de cualquier especie viviente, como la pérdida de aquellos “descubrimientos” que el hombre ha hecho y que ha vinculado como parte vital de su expresión artística. Recuperar nuestra historia, reconocer el camino recorrido, incluyendo nuestra memoria sonora, es también, aprehender herramientas de futuro.

## **Bibliografía**

Finnegan, Ruth. “Senderos en la vida urbana”. En: *Las culturas musicales: lecturas de Etnomusicología*. Madrid, Trotta, 2001. 493 p.

López Gil, Gustavo Adolfo y otros. *Sonidos Olvidados, música de chirimía en el valle de Aburrá*. Medellín, Escuela Popular de Arte-EPA y Centro de Investigaciones Educativas y Pedagógicas de la Asociación Sindical de Educadores del Municipio de Medellín, CIEP-ASDEM, 2002. 117 p. [Ilustraciones, partituras].

Gustavo A. López G.  
Grupo de investigación Valores Musicales Regionales  
Universidad de Antioquia  
Octubre de 2010